

EL PUENTE DEL DIABLO.

Al dejar á las señoras por la noche habia obtenido el permiso de ellas para visitarlas al dia siguiente. Me presenté, pues, en su habitacion tan pronto como supe que estaban visibles. Estaban ya enteramente repuestas de su trabajoso camino y de su mala comida; solo Mr. Koefford, que habia velado toda la noche en medio de sus mapas é itinerarios, parecia mucho mas capsado que la vispera.

Era un hombre original nuestro gentil-hombre: puntual como la etiqueta, montado como un reloj y arreglado como una balanza. Antes de salir de Copenhague, habia compulsado todos los viajeros que han escrito sobre la Suiza, consultado todos los mapas de los veinte y dos cantones y habia concluido por trazarse dia por dia, en el seno de la república helvética un itinerario del que no se habia apartado todavia ni en un cuarto de hora ni en un sendero.

Sobre este itinerario estaba escrito, 23 de setiembre, debia bajar al Oberland, atravesando el Grimsel. Verdad es que alli nó se trataba de la tempestad que habia impedido este proyecto, por otra parte muy sencillo de ejecutarse como lo habia esperado Mr. Koefford.

Nos hallábamnos á 29 de setiembre en vez de estar á 28, nos encontrábamnos en el Vallés en lugar de estar en el Oberland, y los guias declaraban que despues de la tempestad de la vispera, el único paso practicable era el del puente Gemmi, y que era necesario renunciar al del Grimsel. La cosa era igual para Mr. Brunton y su esposa, pero trastornaba toda la existencia de Mr. Koefford.

Hice todo lo que pude para animarle, le dije que el paso del Gemmi era mucho mas curioso que el del Grimsel, y que á todo evento el retraso era únicamente de un dia.

—¿Y creéis, me dijo con aire de desesperado, que no es nada el retraso de un dia? ¡estar obligado á hacer el lunes lo que se creia hacer el domingo! ¡señalar una hora y dar otra como un reloj descompuesto!

Mad. Bruton, su marido y yo hicimos lo que pudimos para consolar al pobre gentil-hombre, pero se hallaba como Raquel llorando por sus hijos. En cuanto á su muger que conocia su carácter, no se atrevia á aventurar una palabra.

Sin embargo, como no habia que tomar otro partido, Mr. Koefford se decidió á sufrir un retraso de veinte y cuatro horas y á pasar por el Gemmi. Dejéle, pues casi tranquilo, si no enteramente resignado.

Despues de mi vuelta á Paris, he sabido por una carta del desgraciado amigo á Mr. Brun-

ton, que no habia llegado á Copenhague si nó el 4.º de enero por la noche en lugar del 30 de diciembre. Habia faltado á hacer su visita de entrada de año al rey de Dinamarca y habia estado á pique de perder su llave de gentil-hombre.

En cuanto á mí, que felizmente no tenia que hacer visita á ningun rey, besé las manos de las señoras y me puse en camino con Francesco.

Era un buen muchacho y excelente compañero, jovial y de buen humor, siempre contento, mas fuerte que los jóvenes de nuestras ciudades con cinco años mas, vivo como una lagartija y listo como un gamo.

Anduvimos dos horas casi siguiendo siempre las escarpadas orillas del Ródano, que de rio se habia convertido en torrente, y de torrente se convirtió á poco despues en arroyuelo caprichoso y fantástico, anunciando desde su origen todos los espacios de su curso, como los caprichos de un niño anuncian en la aurora de la vida las pasiones del hombre.

Al fin al doblar un sendero descubrimos delante de nosotros llenando todo el espacio comprendido entre el Grimsel y la Furca, el magnífico gigante de hielo, con la cabeza reclinada sobre la montaña, los pies colgando en el valle, y dejando escapar como el sudor de sus costados tres arroyos que reuniéndose á cierta distancia, toman en su union el nombre de Ródano, que no pierde jamás el rio hasta que vomita sus aguas en el mar por cuatro desembocaduras, de las que la mas pequeña tiene cerca de una legua de ancho.

Salté por cima de los tres arroyos, de los que el mayor no tiene doce pies de una á otra orilla; terminada esta hazaña comenzamos á subir la Furca.

Es una de las montañas mas desnudas y tristes de toda la Suiza. Los habitantes atribuyen su aridez á que el Judío errante escoge casi siempre este paso para ir desde Francia á Italia. Ya he dicho que cuenta una tradicion que la primera vez que el réprobo atravesó esta montaña la encontró cubierta de mieses, la segunda llena de pinos, y la tercera de nieve.

En este último estado la encontramos tambien nosotros. Llegados á su cima, observé que la nieve estaba salpicada de trecho en trecho, como una inmensa alfombra atigrada de manchas encarnadas; y vi al aproximarme, que eran producidas esas manchas por mantiales que brotaban en la superficie de la tierra: juzgué que debian de ser ferruginosos y las probe. No me habia equivocado: era el orin el que daba á la nieve aquella tinta rojiza que al pronto me habia asombrado.

Mientras examinaba este fenómeno y trataba de dar con la causa, se acercó á mí Francesco, y con cierto embarazo me pidió mi calabaza, que se habia encargado de hacer llenar por la mañana en Obergeslen, y en la cual



La Via-Mala.



habia echado vino en vez de kirchenwaser. Noté en el camino únicamente esta equivocación; no habia podido adivinar por que motivo Francesco habia faltado de aquel modo á las instrucciones que yo le habia dado; pero como el licor sustituido al que yo bebía habitualmente era un excelente vino tinto de Italia, no habia considerado aquella infracción de mis órdenes como una gran desgracia.

Al pedirme Francesco mi calabaza me hizo recordar otra vez aquel pequeño incidente que ya habia olvidado. Creí que una medida de higiene personal le hacia preferir el vino de Italia al agua de cerezas de los Alpes, y que iba á darme una prueba de esta preferencia, llevando á su boca mi calabaza: seguí de reojo sus movimientos, aparentando no mirarle, pero sin perder de vista ni una sola de sus acciones.

Nada de lo que yo habia sospechado sucedió: Francesco fué á colocarse sobre la cresta mas elevada de la montaña, y á caballo, por decirlo así sobre dos vertientes, hizo dos veces la señal de la cruz, una vez vuelto hácia el Occidente, y la otra vez hácia el Oriente; despues, vertiendo vino en el hueco de la mano, arrojó al aire el líquido, que volvió á caer en derredor de él cual una lluvia, de la que cada gota hacia sobre la nieve una manchita encarnada bastante igual en el color á las manchas grandes cuya causa acababa de descubrir. Al fin, terminada aquella especie de exorcismo, me devolvió Francesco la calabaza sin haber pensado siquiera arrimársela á los labios.

—¿Qué ceremonia infernal acabas de hacer? le dije volviéndome á colocar la calabaza en mi costado.

—¡Ah! me respondió, es una precaucion para que no nos suceda ningun accidente.

—¿Cómo es eso?

—Si: estamos en el camino de Italia, ¿no es esto? por aqui pasan los vinos que bajan de San Gotardo y que envian á Suiza, Francia ó Alemania; estos vinos están encerrados en barricas y conducidos por muleteros italianos que casi todos son borrachos. Como la Furca es la montaña mas fatigosa que tienen que subir en todo el camino, de ahí es que durante la subida les tienta el demonio de la borrachera, y logra ordinariamente su objeto, haciéndoles agujerear los toneles, que de este modo raras veces llegan llenos á su destino. Concebireis que semejantes hombres, depositarios infieles durante su vida, no pueden entrar en la morada de las gentes honradas despues de su muerte. Sus almas en pena vuelven, pues, á vagar por la noche en el mismo punto donde los ha vencido la tentación; ellas son las que empapadas aun en el vino robado, hacen al pasar sobre la nieve esas manchas encarnadas esparcidas por todos lados; ellas son las que para distraerse persiguen al viagero con la tempestad, las que hacen resbalar su pie al borde

del precipicio, y le estravian de noche con resplandores engañosos. ¡Pues bien! no hay mas que un medio de tener propicias á estas almas, y es el echarles, haciendo la señal de la cruz, algunas gotas de ese vino que tanto han querido durante su vida, y que ha sido para ellas causa de condenación eterna despues de su muerte. Ved por qué he hecho poner en la calabaza vino en lugar de kirchenwaser.

Me pareció tan satisfactoria esta esplicación que no hallé otra respuesta que renovar por mi cuenta la operación que Francesco acababa de hacer por la suya, y no dudo que á esta precación diabólica debiésemos el llegar sin accidente alguno á Réalp, pequeña aldea situada en la base de la terrible montaña.

No hicimos alto en Réalp mas que una hora, y continuamos nuestro camino hasta Andermatt. Chateaubriand y Mr. de Fitz-James habian pasado por allí unos dias antes, y el posadero me enseñó con orgullo los nombres de los dos ilustres viageros inscriptos en su registro.

A la mañana siguiente me ajusté con un calesero que iba de retorno á Altorf. Toda nuestra discusión versó sobre el derecho que me reservaba de ir á pie cuando me diese la gana, el bueno del hombre no podia comprender que alquilase un carruaje con la condicion de no estar dentro de él. Por fin le hice comprender, gracias á mi intérprete Francesco, que deseando ver en detalle ciertos parages del camino, una carrera demasiado rápida no me permitiera entregarme á esta investigación. Convenidos en esto nos pusimos en marcha tomando el camino nuevo de San Gotardo á Altorf.

Este camino, ventajoso sobre todo para el canton de Uri, fué construido por él con el auxilio de sus mas ricos hermanos; Berna, Zurich, Lucerna y Basilea le abrieron generosamente su bolsa á su primera invitación y le prestaron entre ellos y sin interés ocho millones, que paga religiosamente entregando una suma anual de quinientos mil francos.

Apenas anduve un cuarto de legua desde Andermatt, usé del privilegio de andar á pie, pues habiamos llegado á uno de los parages mas curiosos del camino, es un desfiladero formado por el Gallenstok y el Crispalt, lleno enteramente por las aguas del Reuss, que yo habia visto nacer la víspera en la cima de la Furca, y que cinco leguas mas lejos merece ya por el incremento que ha tomado el nombre de gigante que le han dado.

Al llegar á este sitio el camino tropieza contra la base granítica del Crispalt, y ha sido preciso horadar la roca para que pudiera pasar de un valle al otro. Esta galería subterránea de ciento ochenta pies de longitud, é iluminada por aberturas que dan sobre el Reuss, es llamada vulgarmente agujero de Uri.

Despues de haber dado algunos pasos del otro lado de la galería, me encontré en frente del puente del Diablo, debiera decir de los

puentes del Diablo, porque efectivamente hay dos, verdad es que uno solo está practicable, habiendo el nuevo hecho que abandonen el antiguo.

Dejé que mi carruage tomara el puente nuevo, y me impuse el deber de llegar, valiéndome de pies y manos al verdadero puente del Diablo, al cual el nuevo favorito ha venido á robar no solamente los pasajeros, sino tambien su nombre.

Los dos puentes están echados atrevidamente de una á otra orilla del Reuss, que salvan de un solo salto, y que corre bajo un solo arco; el del puente moderno tiene sesenta pies de alto y veinte y cinco de ancho; el del viejo no tiene mas que cuarenta y cinco sobre veinte y dos. No es el menos horroroso de pasar en atencion á que no tiene pretiles.

La tradicion á que debe su nombre es tal vez una de las mas curiosas de toda la Suiza: héla aqui en toda su pureza.

El Reuss, que corre en un cauce abierto á sesenta pies de profundidad entre rocas cortadas á pico, interceptaba toda comunicacion entre los habitantes del valle de Cornera y los del valle de Goschenen, es decir, entre los Grisones y las gentes de Uri. Esta solucion de continuidad causaba tal perjuicio á los dos cantones limitrofes, que reunieron á sus mas hábiles arquitectos, y partiendo gastos construyeron muchos puentes de una orilla á otra, pero nunca tan sólidos que pudiesen resistir mas de un año á las tempestades, á la crecida de las aguas ó á la caída de los aludes. Se habia hecho una última tentativa de este género al fin del siglo XIV, y terminado casi el invierno daba esperanzas esta tentativa de que aquella vez el puente resistiria á todos aquellos ataques, cuando una mañana vinieron á decir al bailio de Goschenen que la comunicacion se hallaba interceptada de nuevo.

—¡Solo el diablo podria hacernos un puente! exclamó el bailio.

No habia acabado apenas estas palabras cuando un criado anunció al señor Satanás.

—Hacedle entrar, dijo el bailio.

El criado se retiró, y dió paso á un hombre de unos treinta y cinco á treinta seis años, vestido á la manera alemana, llevando un pantalon ajustado encarnado, un justillo negro acuchillado en las articulaciones de los brazos cuyas aberturas dejaban ver un forro de color de fuego. Tenia en la cabeza una toca negra, á la que una gran pluma encarnada con sus ondulaciones daba una gracia muy particular.

En cuanto á sus zapatos, adelantándose á la moda eran redondos de punta, como lo fueron cien años mas tarde, hácia la mitad del reinado de Luis XII, y un gran espolon semejante al del gallo, pegado visiblemente á su pierna, parecia destinado á servirle de espuela cuando le diese la gana de viajar á caballo.

Despues de los cumplimientos de costumbre, sentóse el bailio en un sillón, y el diablo en otro. El bailio puso sus pies sobre los morrillos de la chimenea, y el diablo colocó muy formalmente los suyos sobre las brasas.

—¡Y bien! buen amigo, dijo Satanás, ¿con qué necesitais de mí?

—Confieso, monseñor, respondió el bailio, que no nos seria inútil vuestra ayuda.

—Para ese maldito puente, ¿no es eso?

—¡Y bien?

—¿Os es, pues, necesario?

—No podemos pasarnos sin él.

—¡Ah! ¡ah! dijo Satanás.

—Vamos, sed buen diablo, replicó el bailio despues de un momento de silencio, hacednos uno.

—Yo venia á proponérselo.

—¡Pues bien! no se trata, pues, mas que de entendernos..... sobre.....

El bailio vaciló.

—Sobre el precio, continuó Satanás mirando á su interlocutor con una singular expresion de malicia.

—Si, respondió el bailio, conociendo que esto era lo que iba á embrollar el negocio.

—¡Oh! desde luego, continuó Satanás balanceándose sobre su silla y afilando sus garras con el cortaplumas del bailio, nos arreglaremos sobre el puente.

—Eso me tranquiliza, respondió el bailio, el último ha costado sesenta marcos de oro y doblaremos esta suma para el nuevo; esto es todo lo que podemos hacer.

—¿Qué necesidad tengo yo de vuestro oro, replicó Satanás, si lo hago cuando me da la gana? Mirad.

Cogió un carbon encendido del fuego, como quien coge una almendra de una caja de dulces.

—Alargad la mano, le dijo al bailio.

Vacilaba el bailio.

—No tengais miedo, continuó Satanás, y le puso entre los dedos una barra de oro del mas fino, y tan frio cual si hubiera salido de la mina.

El bailio le dió varias vueltas: despues quiso devolvérselo.

—No, no, guardadlo, replicó Satanás, poniendo con aire de suficiencia una pierna sobre otra, es un regalo que os hago.

—Comprendo, dijo el bailio metiéndose la barra en su escarcela, que no costándoos trabajo alguno el hacer oro, querreis que os paguen en otra moneda, y como no sé cual os pueda agradar os rogaria que vos mismo pongais las condiciones.

Satanás reflexionó un instante.

—Deseo que me pertenezca el alma del primer individuo que pase por el puente, respondió.

—Sea, dijo el bailio,

—Redactemos el acta continuó Satanás.

—Dictad vos mismo.

El bailio tomó una pluma y un papel y se preparó á escribir.

Cinco minutos despues fué firmada por Satanás en nombre propio, y por el bailio en nombre y como apoderado de sus parroquianos, una escritura hecha conforme *por duplicado* y de buena fé. El diablo se comprometió formalmente por aquella acta á construir en la noche un puente bastante sólido para durar *quinientos años*, y el magistrado por su parte, concedia en pago de aquel puente el alma del primer individuo que la casualidad, ó la necesidad obligase á pasar el Reuss por el paso diabólico que Satanás debia improvisar.

Al dia siguiente al amanecer ya estaba construido el puente.

Muy pronto el bailio apareció en el camino de Goschenen: iba á comprobar si el diablo habia cumplido su promesa. Vió el puente, que encontró muy bueno, y en el extremo opuesto divisó á Satanás sentado en un guarda-canton esperando el precio de su trabajo nocturno.

—Ya veis que soy hombre de palabra, dijo Satanás.

—Y yo tambien, respondió el bailio.

—¡Cómo, mi querido Curtio! repuso el diablo asombrado, os sacrificariais por la salvacion de vuestros administrados!

—Precisamente no, continuó el bailio depositando á la entrada del puente un saco que habia traído sobre sus espaldas, y cuyos cordones inmediatamente se puso á desatar.

—¿Qué es eso? dijo Satanás tratando de adivinar lo que iba á pasar.

—Prrrrrrroooooo, dijo el bailio.

Y salió espantado del saco un perro con una sarten atada al rabo, y atravesando el puente, fué á pasar ladrando á los pies de Satanás.

—¡Eh! gritó el bailio, corred, corred, ved que se os escapa esa alma, que ya es vuestra.

Satanás estaba furioso: habia contado con el alma de un hombre, y se veia obligado á contentarse con la de un perro. Motivo habia para condenarse á no haberlo estado ya. Sin embargo, como era de buen trato, tomó el aire de hallar el caso muy chistoso, é hizo como que se reia mientras el bailio estuvo alli; pero apenas el magistrado hubo vuelto la espalda, comenzó á dar porrazos con pies y manos para demoler el puente que habia construido, pero habia hecho la obra con tal conciencia que se volvió con las uñas rotas y se melló los dientes antes de haber podido arrancar el mas pequeño pedernal.

—¡Gran tonto he sido! dijo Satanás. Despues de hecha esta reflexion se metió las manos en los bolsillos y bajó por las orillas del Reuss, mirando á derecha é izquierda cual hubiera podido hacerlo un aficionado á la hermosa naturaleza. Sin embargo, aun no habia renunciado á su proyecto de venganza. Lo que buscaba con los ojos era un peñasco de una

forma y peso conveniente para trasportarle sobre la montaña que domina el valle, y dejarle caer desde quinientos pies de altura sobre el puente que le habia escamotado el bailio de Goschenen.

No habia andado aun tres leguas, cuando habia encontrado su negocio.

Era un soberbio peñasco tan grande como una de las torres de la catedral de París que arrancó de la tierra con tanta facilidad como un niño hubiera arrancado un rábano, se lo cargó al hombro, y tomando el sendero que conducia á lo alto de la montaña, se puso en marcha, sacando la lengua en señal de alegría y gozándose anticipadamente de la desolacion del bailio cuando al dia siguiente encontrase derribado su puente.

Cuando habria andado una legua, creyó Satanás distinguir una gran concurrencia del pueblo sobre el puente, dejó el peñasco en tierra, trepó sobre él, y colocado en su cumbre divisó distintamente al clero de Goschenen, con la cruz y estandarte y pendones á su cabeza á destruir la obra satánica y á consagrar á Dios el Puente del Diablo.

Vió bien Satanás que ya no podia hacer nada, bajó tristemente, y encontrando una pobre vaca, ya que no podia mas, la tiró del rabo y la hizo caer en un precipicio.

En cuanto al bailio de Goschenen, nunca mas volvió á oír hablar del arquitecto infernal; únicamente la primera vez que metió la mano en su escarcela se quemó los dedos con la barra de oro, que se habia convertido en asuca otra vez.

El puente subsistió quinientos años como habia prometido el diablo.

Si se quiere buscar la verdad oculta tras los misteriosos pero transparentes velos de la tradicion, será, sobre todo cuando se trate de esos grandes trabajos atribuidos al linage humano, fácil el descubrirla. Asi en Suiza casi por todas partes hay calzadas del diablo, puentes del diablo, castillos del diablo, que despues de una investigacion un poco mas seria se reconocerán por obras de romanos. Contra el ejemplo de los griegos, que en sus invasiones destruian y robaban, los romanos en sus conquistas edificaban y enriquecian. Asi, tan pronto como fué sometida por César la Helvecia, se elevó una torre en Nyon (Novidunum), un templo en Moudon (Mus Donium), y una via militar, allanando la cumbre del San Bernardo, que cruzó la Helvecia en su mayor anchura y fué á desembocar al Rhin, cerca de Maguncia. En el imperio de Augusto, las casas mas nobles y mas ricas de Roma adquirieron posesiones de la nueva conquista, y vinieron á establecerse en Vindich (Vindonisa), en Aventches (Aventicum), en Arbon (Arbox-felix), y en Coire (Curia). Entonces, para hacer mas fáciles las comunicaciones entre aquellos ricos estrangeros, los arquitectos romanos, si no los primeros, al menos los mas atrevidos del mun-

do, echaron de una montaña á otra y sobre espantosos precipicios esos puentes aéreos, tan sólidos, que casi en todas partes se les encuentra en pie.

La dominación romana en Helvecia duró, se sabe, cuatrocientos cincuenta años; después, un día aparecieron sobre las montañas nuevos pueblos, venidos no se sabe de donde, conquistadores nómadas, buscando una patria, se establecieron según su capricho con sus mujeres é hijos, donde creían estar bien, ahuyentando delante de sí con el hierro de su espada á los vencedores del mundo, cual los pastores ahuyentan los ganados con el palo de su cayado, y haciendo esclavas las poblaciones que Roma había adoptado por sus hijas. Los que el sople de Dios impelió hácia la Helvecia eran los burgundos y los allemanni; se establecieron desde Ginebra hasta Constanza y desde Basilea hasta el San Gotardo. Aquellos hombres incultos y salvajes como los bosques de donde salían, se quedaron sobrecogidos de espanto ante los monumentos que había dejado la civilización romana. Incapaces de producir semejantes cosas; su orgullo se sublevó á la idea de que fueran el producto propio de los hombres, y toda obra que les pareció superior á sus fuerzas, fué atribuida por ellos á la complaciente cooperación del enemigo de los hombres, que aquellos necesariamente habían debido pagar á costa de sus cuerpos ó de sus almas. De ahí todas las maravillosas leyendas que heredó la edad media y que ha legado á sus hijos.

Una legua después del puente del Diablo, y bajando siempre el Reuss, se encuentra un segundo puente echado sobre este río, con cuyo auxilio se pasa de una orilla á otra en el sitio llamado el *Salto del Fraile*. Tiene este nombre de que un fraile que había robado á una doncella y la llevaba en sus brazos, perseguido por sus dos hermanos, cuyos caballos le ganaban en ligereza, se lanzó sin soltar su carga de una orilla á la otra, á riesgo de estrellarse con ella en el precipicio. Los hermanos de la joven no se atrevieron á seguirle, y el fraile se quedó dueño de la que amaba. El salto dado por este otro Claudio Frollo era de veinte y dos pies de ancho, y el abismo que salvaba de ciento veinte de profundidad.

Un cuarto de hora antes de llegar á Altorf, divisamos al otro lado del río la aldea de Attenghausen, y á espaldas del campanario de aquella aldea, las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Acabáramos de abandonar el terreno de la fábula por el de la historia. En lo sucesivo ya no más leyendas diabólicas ni tradiciones monacales, sino toda una epopeya entera, grande, bella y maravillosa, ejecutada por una nación, sin otro socorro que el de sus hijos, y de la que leeremos bien pronto la primera página en Bürglen, sobre el altar de la capilla levantada en el punto mismo donde nació Guillermo Tell.

WERNER STAUFFACHER.

Un año ha pasado desde que nos despedimos de nuestros lectores á las orillas del Reuss, después de haberles hecho atravesar con nosotros el *Puente del Diablo* y el *Salto del Fraile*. Si no nos es infiel la memoria nos quedamos cerca de la villa de Attenghausen, á espaldas de cuya torre divisábamos las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Desde entonces hemos hecho una larga y lejana escursión en otros pueblos y en el interior de otras comarcas, hemos traído nuevas impresiones y curiosos recuerdos, que también verán un día la luz pública, aunque por deferencia fraternal deban ceder la preferencia á los anteriores. Tornemos, pues, no á nuestra Suiza de los montes y nevaras, sino á la Suiza de las praderas y los lagos; no al suelo de la fábula, sino al terreno de la historia. No tenemos más que subir á lo alto de esa montañita que está enfrente de nosotros, y atravesando por ese cementerio lleno de rosales, y á la izquierda de la iglesia nos hallaremos á la puerta de una capillita edificada sobre el área que ocupaba la casa misma en que nació Guillermo Tell, y de que el sacristan ha ido á buscarnos la llave.

Por sabida que sea la historia del héroe popular cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mucho que estemos familiarizados con esta historia, al hallarnos en el lugar en que estamos, no podemos dispensarnos de visitar los sitios que se despliegan á nuestra vista, y de entrar en algunos detalles sobre la revolución helvética, y seguir en su desarrollo la asociación que dió nacimiento á la más estable república, no solamente de la era moderna, sino también de los antiguos tiempos. Además, no escribimos solamente para el lector comedor y sedentario que nos lee junto á la chimenea, apoyados los pies á los morrillos y arropado en su bata, sino también para el osado viajero que como nosotros, con el sombrero de paja en la cabeza, el morral á la espalda y el palo con punta de hierro en la mano, haya en lo sucesivo de seguir el camino que hemos andado y que le trazamos. Cualquiera que este sea, y á quien desde ahora damos nuestro fraternal saludo, se tendrá por dichoso en poderse sentar en lo alto de esta colina de rosas cerca de aquella iglesia y en frente de la casa en donde estamos, y de hallar en nosotros un resumen histórico, corto, pero sin embargo, exacto, de los sucesos que pasaron hace seis siglos, y de que puede abarcarlos casi todos en conjunto sobre este inmenso panorama que se estiende á nuestros pies cual un inmenso mapa.

Alberto de Austria, perteneciente á la casa de Habsburgo, subió al trono imperial en 1298. A la época de su advenimiento al trono en la Helvecia (1), no existían aun ni asociaciones, ni cantones, ni dietas. El emperador únicamente poseía en medio de estas comarcas á título de gefe de los condes de Habsburgo, un considerable número de pueblos, fortalezas y tierras que hoy hacen parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yug, Argovia, etc. Los otros condes á quienes pertenecía lo restante del país eran los de Saboya y de Neufchatel y de Rapperschwyld.

Difícil sería escribir la historia individual de aquella nobleza rica, disoluta y revoltosa, siempre en guerra ó en placeres, agotando la sangre y el oro de sus vasallos, y cubriendo todas las cimas de las montañas de torres y fortalezas, desde donde, cual las águilas desde su nido, se dejaban caer en la llanura para arrebatar el objeto de sus depredaciones y ponerlo en seguridad tras los muros de sus castillos. Y no se crea que los que esto hacían eran únicamente los seglares, pues del mismo modo vivían los poderosos obispos de Basilea, de Constanza, de Coira y de Lausana; y los ricos abades de Saint Gall y de Ensielden seguían el ejemplo de sus mitrados gefes como la pequeña nobleza el de los grandes barones.

En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de opresores, tres distritos habían quedado libres. Eran los de Uri, de Schwitz y de Unterwald, que previendo los desgraciados días y peligrosas circunstancias que estaban ocultas en el porvenir, se habían reunido desde 1291, y comprometido á defender á todo trance, mutuamente contra todos, familias y bienes, y ayudarse, si llegaba el caso, con las armas ó los consejos. De esta alianza tomaron el nombre de Eidgenossen (2), que se les dió, que quiere decir *aliados con juramento*. Alarmado ya Alberto con esta primera demostración hostil, quiso forzarlos á renunciar á la protección del emperador, su único soberano, y sujetarlos á la más inmediata y más directa de los condes de Habsburgo, á fin de que si alguno de sus hijos no era elegido para el trono imperial, conservase á lo menos la soberanía de estos países, que sin esto salían de la noble dinastía de los duques de Austria.

Más Uri, Schwitz y Unterwald habían visto demasiado las depredaciones infames que se cometían en derredor de ellas, para dejarse engañar. Rechazaron abiertamente las indicaciones que se les hicieron en 1303 por los diputados de Alberto, y suplicaron que no se les privase de la protección del emperador reinante, esto es, que no se les separase del imperio.

Alberto les hizo responder que su deseo

(1) La Helvecia no tomó el nombre de Suiza hasta después de la Confederación.

(2) Etimología del nombre de *Huguenot*.

era el adoptarles como hijos de su real familia; ofreció feudos á los ciudadanos principales y habló de una creación de diez caballeros en cada distrito. Aquellos viejos montañeses contestaron que no pedían nuevos favores, si no conservar sus primitivos fueros. Viendo entonces Alberto que no podía alcanzar nada por la corrupción de aquellos hombres, quiso ver lo que podría hacer por la tiranía, y en consecuencia les envió dos bailios austriacos cuyo carácter despótico y arrebatado tenía bien conocido.

El uno era Herman Guessler de Brounig, y el otro, el caballero Beringuer de Landenberg. Establecieron estos nuevos bailios en el mismo país de los confederados lo que nunca se habían permitido hacer sus antecesores. Landenberg tomó posesión del castillo real de Sarnen en el alto Unterwalden, y Guessler, no hallando morada digna de él en el país que le había tocado en suerte, mandó construir una fortaleza á que dió el nombre de *Urijoch* ó *Joug de Uri*. Desde entonces se empezó á poner en ejecución el plan de Alberto que de este modo pensaba determinar á los confederados á separarse ellos mismos del imperio y ponerse bajo la protección de la casa de Austria. Aumentáronse, pues, los portazgos, castigáronse con crecidas multas las más leves faltas, y los ciudadanos se vieron tratados con altivez y desprecio.

Un día que Herman Guessler recorría el cantón de Schwitz, paróse delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher. —No es una vergüenza, dijo encarándose con el escudero que le acompañaba, no es una vergüenza que esos siervos miserables edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando serían demasiado buenas para ellos unas chozas?

—Dejadla acabar del todo, monseñor, contestó el escudero, y entonces mandó esculpir sobre la puerta las armas de la casa de Habsburgo, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razón, dijo Guessler, y metiendo espuela al caballo, prosiguió su camino. La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta, oyó la conversación, y mandó á los trabajadores que parasen la obra y se fuesen á sus casas. Obedecieron.

Cuando Werner llegó, miró con extrañeza aquella casa solitaria, y preguntó á su muger por que se habían ido los albañiles y quien lo había mandado.

—Yo, respondió ella.

—¿Y por qué? muger.

—Por que los vasallos y siervos no necesitan más que una choza.

Werner lanzó un suspiro, y entró en la casa. Tenía hambre y sed, aguardaba tener preparada la comida, sentóse á la mesa. Su muger le sirvió pan y agua, y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger? qué, ¿ya no hay caza